



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 17 de marzo de 1982

Las palabras de Jesús referentes a la virginidad o celibato

1. Continuamos la reflexión sobre la virginidad o celibato por el reino de los cielos: tema importante incluso para una completa teología del cuerpo.

En el contexto inmediato de las palabras sobre la continencia por el reino de los cielos, Cristo hace un paralelo muy significativo; y esto nos confirma aún mejor en la convicción de que Él quiere arraigar profundamente la vocación a esta continencia en la realidad de la vida terrena, abriéndose así camino en la mentalidad de sus oyentes. Efectivamente, enumera tres clases de eunucos.

Este término se refiere a los defectos físicos que hacen imposible la procreación del matrimonio. Precisamente estos defectos explican las dos primeras clases, cuando Jesús habla tanto de los defectos congénitos: «eunucos que nacieron así del vientre de su madre» (*Mt 19, 12*), como de los defectos adquiridos, causados por intervención humana: «hay eunucos que fueron hechos por los hombres» (*Mt 19, 12*). En ambos casos se trata, pues, de *un estado de coacción*, por lo tanto, no voluntario. Si Cristo, en su paralelo, habla después de aquellos «que a sí mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos» (*Mt 19, 12*), como de una tercera clase, ciertamente *hace esta distinción para poner de relieve aún más su carácter voluntario y sobrenatural*. Voluntario, porque los que pertenecen a esta clase «*se han hecho a sí mismos eunucos*»; sobrenatural, en cambio, porque lo han hecho «por el reino de los cielos».

2. La distinción es muy clara y muy fuerte. No obstante, es fuerte y elocuente también el paralelo. Cristo habla a hombres a quienes la tradición de la Antigua Alianza no había transmitido el ideal

del celibato o de la virginidad. El matrimonio era tan común, que sólo una impotencia física podía ser una excepción para el mismo. La respuesta dada a los discípulos en Mateo (19, 10-12) es a la vez una revolución, *en cierto sentido, de toda la tradición del Antiguo Testamento*. Lo confirma un solo ejemplo, tomado del Libro de los Jueces, al que nos referimos aquí no tanto por motivo del desarrollo del hecho, cuanto por las palabras significativas que lo acompañan, «Déjame que... vaya... llorando mi virginidad» (*Jue 11, 37*), dice la hija de Jefté a su padre, después de haber sabido por él que estaba destinada a la inmolación a causa de un voto hecho al Señor. (En el texto bíblico encontramos la explicación de cómo se llegó a tanto). «Ve, —leemos luego— y ella se fue por los montes con sus compañeras y lloró por dos meses sus virginidad. Pasados los dos meses volvió a su casa y él cumplió en ella el voto que había hecho. No había conocido varón» (*Jue 11, 38-39*).

3. En la tradición del Antiguo Testamento, por lo que se deduce, no hay lugar para este significado del cuerpo, que ahora Cristo, al hablar de la continencia por el reino de Dios, quiere presentar y poner de relieve a los propios discípulos. Entre los personajes que conocemos como guías espirituales del pueblo de la Antigua Alianza, no hay ni uno que haya proclamado esta continencia con las palabras o con la conducta^[1]. Entonces el matrimonio no era sólo un estado común, sino, además, en aquella tradición había adquirido *un significado consagrado por la promesa que el Señor había hecho a Abraham*: «He aquí mi pacto contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos... Te acrecentaré muy mucho, y te daré pueblos, y saldrán de ti reyes; yo establezco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti» (*Gén 17, 4. 6-7*). Por esto, en la tradición del Antiguo Testamento el matrimonio, como fuente de fecundidad y de procreación con relación a la descendencia, era *un estado religiosamente privilegiado*: y privilegiado por la misma revelación. En el fondo de esta tradición, según la cual el Mesías debía ser «hijo de David» (*Mt 20, 30*), era difícil entender la idea de la continencia. Todo hablaba en favor del matrimonio: no sólo las razones de naturaleza humana, sino también las del reino de Dios ^[2].

4. Las palabras de Cristo señalan en este ámbito un cambio decisivo. Cuando habla a sus discípulos, por primera vez, sobre la continencia por el reino de los cielos, se da cuenta claramente de que ellos, como hijos de la tradición de la Ley antigua, deben asociar el celibato y la virginidad a la situación de los individuos, especialmente del sexo masculino, que a causa de los defectos de naturaleza física no pueden casarse («los eunucos»), y por esto, se refiere a ellos directamente. Esta referencia tiene un fondo múltiple: tanto histórico como psicológico, tanto ético como religioso. Con esta referencia *Jesús toca* —en cierto sentido— *todos estos fondos*, como si quisiera hacer notar: Sé que todo lo que os voy a decir ahora, suscitará gran dificultad en vuestra conciencia, en vuestro modo de entender el significado del cuerpo; de hecho, os voy a hablar de la continencia, y esto, sin duda, se asociará a vosotros al estado de deficiencia física, tanto innata como adquirida por causa humana. Yo, en cambio, quiero deciros que la continencia también puede ser voluntaria, y el hombre puede elegirla «por el reino de los cielos».

5. Mateo en el cap. 19 no anota ninguna reacción inmediata de los discípulos a estas palabras. Sólo la encontramos más tarde en los escritos de los Apóstoles, sobre todo en Pablo [3]. Esto confirma que tales palabras se habían grabado en la conciencia de la primera generación de los discípulos de Cristo, y fructificaron luego repetidamente y de múltiples modos en las generaciones de sus confesores en la Iglesia (y quizá también fuera de ella). Desde el punto de vista, pues, de la teología —esto es, de la revelación del significado del cuerpo, totalmente nuevo respecto a la tradición del Antiguo Testamento—, estas son *palabras de cambio*. Su análisis demuestra cuán precisas y sustanciales son, a pesar de su concisión. (Lo constataremos todavía mejor cuando hagamos el análisis del texto paulino de la *primera Carta a los Corintios*, capítulo 7). Cristo habla de la continencia «por» el reino de los cielos. De este modo quiere subrayar que este estado, elegido conscientemente por el hombre en la vida temporal, donde de ordinario los hombres «toman mujer o marido», tiene una singular finalidad sobrenatural. La continencia, aún cuando elegida conscientemente y decidida personalmente, pero sin esa finalidad, no entra en el contenido de este enunciado de Cristo. Al hablar de los que han elegido conscientemente el celibato o la virginidad por el reino de los cielos (esto es, «se han hecho a sí mismos eunucos»), Cristo pone de relieve —al menos de modo indirecto— que esta opción, en la vida terrena, va unida a *la renuncia* y también a un determinado *esfuerzo espiritual*.

6. La misma *finalidad sobrenatural* —«por el reino de los cielos»— *admite una serie de interpretaciones* más detalladas, que Cristo no enumera en este pasaje. Pero se puede afirmar que, a través de la fórmula lapidaria de la que se sirve, indica indirectamente todo lo que se ha dicho sobre ese tema en la Revelación, en la Biblia y en la Tradición; todo lo que ha venido a ser riqueza espiritual de la experiencia de la Iglesia, donde el celibato y la virginidad por el reino de los cielos ha fructificado de muchos modos en las diversas generaciones de los discípulos y seguidores del Señor.

Notas

[1]. Es verdad que Jeremías debía observar el celibato por orden expresa del Señor (cf. *Jer* 16, 1-2); pero esto fue un «signo profético», que simbolizaba el futuro abandono y la destrucción del país y del pueblo.

[2]. Es verdad, como sabemos por las fuentes extra bíblicas, que en el período intertestamentario el celibato se mantenía en el ámbito del judaísmo por algunos miembros de la secta de los esenios (cf. Flavio Josefo, *Bell. Jud.*, II 8-2: 120-121; Filón Al. *Hypothet.*, 11, 14); por esto se realizaba al margen del judaísmo oficial y probablemente no persistió más allá de comienzos del siglo II. En la comunidad de Qumrán el celibato no obligaba a todos, pero algunos miembros lo mantenían hasta la muerte, poniendo en práctica sobre el terreno de la convivencia pacífica la prescripción de Deuteronomio (23, 10-14) sobre la pureza ritual que obligaba durante la guerra santa. Según las creencias de los qumranianos, esta guerra duraba siempre «entre los hijos de la

luz y los hijos de las tinieblas»; el celibato, pues, para ellos fue la expresión de estar dispuestos a la batalla (cf. *1 Qm* 7, 5-7).

[3]. Cf. *1Cor* 7, 25-40; cf. también *Apoc* 14, 4.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas,

Doy ante todo la bienvenida a cada persona o grupo presente en esta Audiencia y procedente de los diversos Países de lengua española.

El Evangelio de San Mateo nos recuerda las palabras de Jesús en las que habla de la virginidad por el reino de los cielos: “Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que se han hecho tales por el reino de los cielos”.

Cristo, con estas palabras, propone una novedad absoluta: la virginidad voluntaria, aceptada por motivaciones superiores. Y lo hace a una sociedad que no estimaba este valor. Ningún personaje del Antiguo Testamento habla de la virginidad como una renuncia o esfuerzo espiritual por razones sobrenaturales, que después de Cristo ha fructificado en tantos seguidores del Señor.

* * *

Dirijo ahora un saludo particular al numeroso grupo del Ilustre Colegio de Abogados de Valencia. Queridos amigos: os agradezco vuestra visita y habría querido poder entretenerme más largamente con vosotros. Os expreso mi sincera estima y os aliento a mantener siempre en vuestra vida personal, familiar y profesional una profunda inspiración ética y cristiana. Para que así sea, doy a vosotros y a vuestras familias mi cordial Bendición.

* * *

Saludo asimismo y bendigo a los peregrinos Terciarios Franciscanos de Mallorca. Que la visita a los lugares franciscanos os afiance en esas grandes virtudes de fe y amor al hermano que testimonió San Francisco de modo tan elocuente.

* * *

Finalmente, saludo al grupo del Colegio de las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza de Madrid. Con mi Bendición, os aliento a formaros y vivir siempre como auténticas jóvenes

cristianas.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana